

DIALECTOS Y NIVELES DE LENGUA EN GRIEGO ANTIGUO

I

En el Simposio sobre «Variedades espaciales y sociales de las lenguas» que nuestra Sociedad celebró en diciembre de 1975 presenté una comunicación que ahora vuelvo a desarrollar, en la idea de que será información útil a los especialistas en otras lenguas que la griega antigua. No pretendo, desde luego, que sea útil porque la Filología Clásica sea una presunta *prima inter pares*, pero sí porque en este y en otros puntos de investigación las lenguas griega y latina ofrecen la primera documentación de interés en nuestra tradición cultural; por otra parte, si nuestra Dialectología no es modelo o norma, tampoco es, pese a las diferencias y limitaciones de material respecto a las de lenguas orales y vivas, una vice- o sub-Dialectología que poco o nada pueda aportar a la teoría general de los dialectos y de los niveles de lengua.

La cuestión que vamos a examinar es demasiado compleja; se da en ella la implicación de tres órdenes diferentes para cuyo estudio nuestros métodos y materiales van de la superabundancia a la casi inexistencia, bien sea objetivamente, bien por la atención que se les haya prestado. Esos tres órdenes son el temporal y el espacial, de un lado, y el social, del otro; para los dos primeros tenemos abundancia de datos, problemas, soluciones, métodos; para el tercero el panorama cambia radicalmente: se puede hablar de falta de unos datos y de exceso de otros, de confusión de métodos, de inexistencia o inaplicación de algunos. Insistimos en la implicación de estos tres

órdenes porque la cuestión sería ininteligible desde la voluntad de separarlos.

En el orden temporal —evolución de la lengua— es de dominio común que la línea general es la de dos momentos de relativa convergencia, separados por otro de divergencia: entre el griego prehistórico y el postclásico, convergentes, está el postmicénico, arcaico y clásico, caracterizado por la acentuación de la fragmentación dialectal. Entiéndase esto —en especial la referencia al griego prehistórico— en función no sólo de los documentos de que disponemos, sino también de las conclusiones más o menos seguras que nos permite la comparación y la reconstrucción¹.

Interesa destacar que ni en el momento de máxima divergencia entre los dialectos el «griego común» deja de ser una realidad plena para convertirse en abstracción de orden teórico: hay diferencias dialectales remontables a los orígenes indoeuropeos y comprensibles con toda comodidad y suficiente validez echando mano de la ecuación /estirpe = dialecto/; por ejemplo, para el infinitivo atemático tenemos -vαι en jónico-ático y arcado-chipriota, -μεvαι en lesbio, -μεv en tesalio, beocio y griego occidental (éste = dorio + griego noroccidental), para la 1.ª persona de plural el griego occidental presenta -μες frente a -μεv en el resto. En cualquier caso, no parece ser una división dialectal grande y en ningún punto tiene el relieve que alcanzará por evoluciones de fecha postindoeuropea y premicénica, principalmente la asibilación τι > σι, que afecta a micénico, jónico-ático, arcado-chipriota y lesbio, e ignoran tesalio, beocio y griego occidental (por ej., τίθησι, δόσις frente a τίθητι, λῶτις); a su vez, la división dialectal de época micénica parece ser pequeña en comparación con la que se va a producir entre los siglos XII y VII².

¹ Cf. A. Bartoněk, «Devergenz und Konvergenz im Griechischen», en *Sborník prací filosofické fakulty brněnské university*, E 11, 1966, págs. 83-88.

² Para el estudio de la génesis de la fragmentación y de la interrelación dialectal, totalmente replanteado desde el desciframiento de las tablillas micénicas, puede consultarse A. López Eire, «Panorama actual de la Dialectología griega», en *Estudios Clásicos*, 12, 1968, págs. 287-305. W. Cowgill, «Ancient Greek Dialectology in the Light of Mycenaean», en *Ancient Indo-European Dialects*, edd. H. Birnbaum y J. Puhvel, Univ. of California, 1966, págs. 77-95; «An Inquiry into the Problems of the Dialectal Classification of Mycenaean», dirigida por A. Bartoněk y con conclusiones de E. Risch, en *Studia Mycenaean*, ed. A. Bartoněk, Brno, 1968, págs. 156-210; A. Bartoněk, «Relevance of the Linear B Linguistic Phenomena for the Classification of Mycenaean» y «The

Hoy parece ser opinión común que la gran fragmentación dialectal del griego antiguo es de fecha postmicénica; naturalmente, recoge la división anterior, pero la complica grandemente como consecuencia de producirse movimientos de población, aunque, como insistiremos más adelante, no sean hoy muy estimados los recursos al sustrato y superestrato, a la mixtura de lenguas o de poblaciones, etc., recursos que eran consecuencia necesaria de articular la división dialectal sobre la de estirpes, y todo ello con su «texto sagrado» en el fragmento 9 de Hesíodo³.

En la imposibilidad de recoger y documentar la generalidad de los hechos, nos conformaremos con apuntar que las evoluciones —o, claro está, no evoluciones— sobre las que descansa el grueso de la fragmentación son: 1) la eliminación de las labiovelares, 2) la evolución de los grupos de silbante + nasal, nasal + silbante, consonante + *waw*, consonante + *yod*, etc., con sus consecuencias sobre el vocalismo, en especial los alargamientos compensatorios, 3) la contracción de grupos vocálicos, la solución de hiatos, la metátesis de cantidad, cambios de timbre como $\bar{\alpha} > \eta$ y $u > \bar{u}$ en jónico-ático, 4) innovaciones, elecciones y regularizaciones en la forma del artículo y de los pronombres en general, 5) otro tanto en la forma de preposiciones, conjunciones y adverbios, especialmente en la conjunción condicional y en la partícula modal, 6) elección y regularización de una desinencia para el «dativo» resultante del sincretismo de dativo, locativo e instrumental, 7) innovaciones, elecciones y regularizaciones en el sistema verbal, especialmente en la forma de las desinencias de voz media, de modo imperativo, ... en la forma de los aoristos de los verbos en $-\zeta\omega$, en la adopción de la conjugación temática o de la atemática, etc.

Este sumario forzosamente muy incompleto ha de complicarse con diferencias, elecciones, etc., de fecha más antigua y/o que se consuman ahora, por ejemplo la fijación del timbre y del lugar de la vocal desarrollada por las sonantes líquidas y nasales; también con hechos muy específicos de ciertos dialectos, e incluso de hablas

Brno Inquiry into the Problems...», págs. 329-345 y 346-360, en *Acta Mycenaea* II (= *Minos*, 12), ed. M. Ruipérez, Salamanca, 1972, págs. 329-345 y 346-360; F. R. Adrados, «Micénico, Dialectos paramicénicos y aqueo épico», en *Emerita* 44, 1976, págs. 65-113 y 245-278.

³ Ed. R. Merkelbach-M. L. West, Oxford, 1967.

locales —hechos de fecha y carácter muy variados— y con la mayor o menor, más rápida o más lenta participación de los dialectos en procesos que podemos llamar de griego común, por ejemplo, la pérdida de *waw* ante y entre vocales, la eliminación del número dual, la reducción de alomorfos en la flexión nominal y verbal, en especial la reducción de aquella a un sistema sencillo de dos declinaciones (masculino: femenino) y la creación en ésta de una conjugación.

Al afirmar que la fragmentación dialectal heredada y vigente hasta la fecha de las tablillas micénicas es relativamente pequeña no nos hacemos eco de la hipótesis de que la lengua de dichas tablillas pueda ser un primer ejemplo de *Kanzleisprache*, lengua «oficial», «burocrática», ... o lengua «común», hipótesis que ha tenido en V. Georgiev el más entusiasta defensor⁴.

Tal hipótesis, no rechazable *a priori*, se basa en que el micénico presenta alomorfos o dobles que otros dialectos posteriores han reducido; ver en ellos una mixtura dialectal no es el único expediente, ya que 1) dialecto o estado de lengua no implican necesariamente la exclusión de alomorfos o dobles, 2) la lengua de las tablillas puede, por su fecha, presentar variantes que en los dialectos posteriores han sido objeto de regularización por eliminación de una de ellas e imposición de otra. Nos hemos detenido en este punto, sobre el que volveremos, porque entendemos que la consideración del micénico como lengua oficial o común es un dato que puede interesar al sociolingüista y es, en cierto modo, un reflejo de lo que ocurre y se investiga en el proceso de desaparición de los dialectos y paulatina imposición de la κοινή γλῶσσα helenística.

En nuestra Dialectología tiene cierta validez para el estudio de hechos de fecha antigua la ecuación /estirpe = dialecto/, y tal validez se potencia o se complica, según los casos, al combinarse con el estudio de las migraciones indoeuropeas en la Hélade; hoy puede decirse que están en entredicho las tentativas de postular que /estirpe = migración = dialecto/, pues además de las muchas insuficiencias u oscuridades respecto al número y entidad de las migraciones —recuérdese que hoy se ponen en cuestión conceptos antes tan aceptados como el de la «invasión» doria—, nos encontramos

⁴ Cf. «Le traitement des sonantes voyelles indoeuropéennes et le problème du caractère de la langue mycénienne», en *Acta Mycenaea* II, págs. 361-379.

con una época postmicénica que representa la condena definitiva de todo intento de simplificar la cuestión: a las dificultades de orden arqueológico se suma la ausencia de testimonios lingüísticos, y que haya unas líneas generales y claras de intelección del problema no significa que éste no siga siendo muy complejo en sus detalles, que son los que en definitiva importan.

Aun dejando de lado los puntos difíciles u oscuros en la conjunción de Arqueología y Lingüística, el recurso a «migración», «estirpe», «sustrato», «mixtura», etc. —conceptos fundamentales en la imponente labor de P. Kretschmer, J. Wackernagel, F. Solmsen, O. Hoffmann, E. Kieckers, etc.— es hoy de menos rendimiento y claridad que lo que nos enseña la Geografía Lingüística, lo que sabemos de la producción y propagación del cambio y, en general, de cómo un sistema de lengua resuelve sus tensiones y necesidades; que estos sean hoy los criterios más válidos es causa y efecto de haber llegado a la ya citada conclusión de que la gran fragmentación dialectal del griego antiguo es de fecha postmicénica, inoperante ya todo recurso a las migraciones y puestos en su justo límite los del sustrato y la mixtura, que ceden paso a la consideración de que el cambio tiene un centro de producción y un área de propagación que pueden no tener nada que ver con la estirpe de los hablantes; son magníficos ejemplos de lo que decimos la aproximación del eolio de Lesbos y Asia Menor al jonio, la fragmentación del griego occidental en lo que respecta a crear o no nuevas vocales largas cerradas y, en general, todos cuantos fenómenos supongan la introducción de variantes locales dentro de las etiquetas generales, por ejemplo, el distinto tratamiento de $\bar{\alpha} > \eta$ en jónico y en ático⁵.

II

En la alusión al orden temporal queda también incluido el espacial o de la división horizontal, y puede adivinarse que hay abundancia

⁵ Para el estudio de las migraciones y su relación con los dialectos y las estirpes repetimos la bibliografía dada más arriba y añadimos: *Bronze Age Migrations in the Aegean*, ed. R. A. Crossland y A. Birchall, Londres, 1973; *Acta of the II International Colloquium on Aegean Prehistory*, Atenas, 1972.

de datos y de problemas; en el orden social —estratificación o división vertical— es donde menos se ha hecho... porque es donde menos se puede hacer, al menos en los períodos prehistórico, arcaico y clásico; aunque el postclásico represente un cambio notable, la situación general no es esencialmente diferente y nos atreveríamos a decir que el trabajo que se podría realizar es poco tentador porque no se esperan conclusiones proporcionadas al esfuerzo a realizar. Es más, el sacar adelante esta información de modo que tenga alguna utilidad para el sociolingüista nos obliga a ensanchar el concepto de Sociolingüística hasta extremos que parecerán inadmisibles al especialista.

Es muy significativo que los manuales más en uso y autoridad para presentar la Gramática —K. Brugmann-A. Thumb, E. Schwyzer—, la Historia —E. Pisani, R. Hiersche, O. Hoffmann-A. Debrunner-A. Scherer, A. Meillet— y la Dialectología —C. D. Buck, F. Bechtel, A. Thumb-E. Kieckers-A. Scherer— callen o se conformen con unas generalidades casi desnudas de datos a la hora de hablar de *Volksprache*, *Umgangssprache*, *Soziale Gliederung*, etc., y brillen por su ausencia conceptos como *jargon*, *créole*, *pidgin*, etc. Vámonos a convenir que el período menos estudiado —el helenístico— sería el que proporcionase más datos, pero incluso un estudio exhaustivo no conseguiría gran cosa; sencillamente, los datos se han perdido de forma diríamos que irreparable, si no es que algún día la Papirología nos ofrece una novedad sustanciosa. La falta de datos está en contraste absoluto con una situación real y fácilmente imaginable, que es la convivencia de griegos y βάρβαροι en todo el Mediterráneo, especialmente el oriental, con todo lo que hubo de significar en la aparición de variedades de *lingua franca*, *pidgin*, etc.; pero, más grave aún, la falta de datos se extiende a lo que debió ocurrir dentro del griego mismo y a los problemas de bilingüismo, glotofagia, ... de los que no tenemos otra noticia que la certeza de que se dieron. La situación contrasta con la del latín, cuya extensión espacial y fragmentación dialectal originaria es ínfima respecto a la griega, pero que ofrece más y mejores materiales para el estudio de su estratificación social, pudiendo incluso estudiarse por J. B. Hofmann la *Lateinische Umgangssprache* y siendo el latín vulgar un concepto de documentación e importancia no tardías ni extrarromanas.

Que los materiales para la Historia y la Dialectología del griego antiguo sean más que abundantes, mientras apenas los hay para su Sociolingüística es —aparte los inevitables factores de azar comunes a la transmisión de toda la cultura griega— resultado de no haber tenido acceso a la forma escrita ni haber merecido la atención de los estudiosos de entonces los niveles inferiores de lengua, los no literarios. Para la ausencia de datos sobre otras lenguas que la griega baste con considerar que eran βάρβαροι —productores de un ruido asemántico— sus hablantes, y todavía no fueron los griegos tan radicales como los eslavos, que tuvieron por *némets*, 'mudo', al individuo de habla alemana; todo lo que se puede citar de comparación lingüística hecha por los griegos es pura anécdota: sería demasiado y antiépico pedirle a Homero algún ejemplo de cómo son βαρβαρόφωνοι los carios, Heródoto da noticias muy escasas y tan ingenuas como la de Psamético averiguando si el frigio era más antiguo que el egipcio; en fin, con la misma naturalidad y concisión con que Tucídides da cuenta de enclaves de lengua no griega en la Hélade se nos dirá luego que «cuantos han sido sabios se han servido de la lengua griega»: las otras lenguas no interesaron jamás al griego, tan curioso en otros órdenes. Pero sabemos por algunas glosas, por documentos epigráficos y por indicaciones de escritores que en Asia Menor, por ejemplo, pervivieron lenguas no griegas hasta los siglos VI y VII d. C., y sabemos también que en los territorios conquistados por Alejandro la κοινή γλῶσσα nunca pasó de ser a la vez lengua de cultura y administración y *lingua franca*.

Volviendo al terreno del griego y su estudio, hay que recordar que éste ha sido selectivo desde un principio: la Lingüística —cuasi-sinónimo de Gramática— tuvo en sus orígenes griegos y en siglos de tradición el logicismo, el normativismo, la atención a la lengua escrita y al nivel literario como características fundamentales —recuérdese que γραμματική es la τέχνη de los γράμματα. La lengua oral —y no importa aquí el que ciertos géneros literarios fuesen orales en su creación, manifestación y transmisión— y la lengua no literaria se atienden, pero marginal e instrumentalmente, como ayudas a la interpretación del texto literario, interpretación en la que, a su vez, el estudio gramatical no es más que paso primero y también instrumental. Es claro que la selección practicada entonces se continúa hoy por la desaparición de lo que no interesó estudiar.

A principios del siglo pasado la Lingüística Griega conoció una doble revolución: en los métodos —comparatismo, historicismo,...— y en los datos —el descubrimiento masivo de inscripciones, ostraca y papiros enriquecieron la Dialectología y la Historia de la Lengua hasta límites insospechados: la lengua común helenística ya no es solamente una lengua literaria que imita unos modelos antiguos; al lado de los dialectos literarios aparecen otros, conocidos únicamente a través de documentos epigráficos, por ejemplo, arcado-chipriota, griego noroccidental, tesalio, ciertas variedades locales del dorio, etc., todos ellos desconocidos hasta entonces o reducidos a unas glosas en Hesiquio, *Etymologicum Magnum*, *Suda*, etc. Añádase que los dialectos literarios contaban con nueva documentación, que en muchos aspectos era más fiable y abundante que la proporcionada por la obra literaria y su transmisión manuscrita medieval. Pues bien, la Sociolingüística poco o nada se ha beneficiado de esta doble revolución: o no hay datos o son poco claros, de indagación trabajosa y sin esperanza de novedades radicales.

III

La falta de documentación concreta suficiente para el estudio sociolingüístico del griego antiguo puede compensarse parcialmente si ponemos nuestra atención en el proceso de conversión de la fragmentación dialectal en una estratificación social, es decir, en cómo la división horizontal y de valor neutro se verticaliza y se carga de connotaciones valorativas. Aquí sí podemos decir que la Dialectología e Historia del griego antiguo son paradigmáticas en cuanto primera documentación de un proceso que se repetirá luego prácticamente en todas las lenguas en cuyo seno llega a producirse una oposición de niveles cruzada con las diferencias espaciales.

La primera división clara que podemos establecer es la de dialectos literarios y no literarios, sin que sean hoy esperables cambios en tal división. Son literarios el jónico-ático, el dorio y el lesbio, además de algún otro con muy escasa representación; el lesbio se agota ya en Safo y Alceo, el dorio, con mucho más cultivo, está a

enorme distancia del jónico-ático, que acapara Elegía y Yambo, la casi totalidad del Drama y toda la Prosa de creación y científica.

Antes de entrar en qué es ser dialecto literario, vamos a permitirnos una pequeña digresión sobre por qué esos dialectos y no otros han sido vehículos de producción literaria merecedora de transmisión. Entendiendo la Literatura como producto de unos determinados factores socioeconómicos, nos explicamos perfectamente la tradición épica aristocrática con raíces micénicas y cultivo entre eolios y jonios principalmente; es fácil también dar cuenta de por qué la lírica tiene tradición aristocrática doria (Píndaro), eolia (Safo, Alceo) y jónico-ático (Arquíloco, Solón,...) y solamente tradición popular en Jonia (Hiponacte, el mismo Arquíloco, ...); por razones sociopolíticas, o culturales en general, bien claras es comprensible que la prosa filosófica, científica y técnica sea jónica en origen y pase luego al Atica, así como que sea en ésta donde lleguen a su ἀκμή o se crean el Drama, la Oratoria, ..., géneros propios de formas democráticas por razones que no hace falta exponer. Hay que recordar además que la épica y la lírica coral, aun con orígenes concretos espaciales, son comunes o pantópicas, de una clase aristocrática que en cierto modo está unida por encima de las barreras de la estirpe o de la πόλις, y ello, como veremos, repercute claramente en su forma lingüística; otro tanto puede decirse de la Elegía, como lo prueba que Tirteo utilice el jonio pese a escribir en Esparta. En cambio, géneros como la prosa en todas sus manifestaciones son jónico-áticos en su origen y su expansión no se entiende porque sean géneros propios de una clase, sino porque son la manifestación de unas formas de vida y de cultura que cada vez más se muestran superiores a las demás. Estamos, pues, ante uno de los motivos —causa, pero no primera— de que la lengua común helenística sea de base jónico-ática.

Si llevamos la comparación a terrenos extralingüísticos más concretos y luego la reconducimos al lingüístico, no vamos a llegar a conclusiones unívocas y claras, pero sí a anotar algún hecho curioso. Por ejemplo, podríamos anotar el agotamiento de la aristocracia eolia en Tesalia y Beocia, mientras en Lesbos revive, sin duda por influjos jonio y minorasiáticos, aunque sea un revivir de alcance temporal corto; en el terreno lingüístico la caracterización general del dialecto eolio es ser conservador, pero menos en Lesbos y más

en Beocia y sobre todo Tesalia. Son también ejemplos claros el que ni Mesenia, ni Etolia, ni Acarnania, ni Arcadia, etc. hayan tenido producción literaria; menos claro es que falte esta en ciudades como la Corinto de época arcaica; es significativa la involución de Esparta, que pasa de Alcmán y Tirteo a carecer de creación literaria. También debe haber alguna relación entre el conservadurismo del dialecto dorio y lo que sabemos del carácter y desarrollo cultural de sus hablantes, entre los que apenas se conoció, por ejemplo, el abandono de formas aristocráticas o tiránicas de gobierno. Y un claro contraste con Corinto y Esparta es Atenas, ciudad con comienzos pobres y que remata en ser Ἑλλάς, Ἑλλάδος: su dialecto empieza caracterizándose por su conservadurismo y conoce una evolución grande precisamente en el momento en que la ciudad ha llegado a su mejor momento político y cultural⁶.

El posible lector, y más si es especializado, objetará quizá que las anteriores consideraciones son de absoluta superficialidad y no andan muy lejos del tópico de las lenguas 'ricas' o 'expresivas', que son siempre las que cada uno habla o conoce; objetará también que la clasificación de los dialectos en conservadores e innovadores suele hacerse con base en criterios fonológicos y morfológicos que muy poco y muy indirectamente tendrán algo que ver con factores de orden literario y extralingüístico. Esas objeciones son muy de tener en cuenta, pero aquí no nos hemos atendido tanto a esos criterios como a los léxicos y sintácticos, que la Dialectología tradicional apenas considera y que son los que verdaderamente pueden dar idea de cómo y por qué una lengua adquiere mayor capacidad expresiva, mayor número de significantes y de posibilidades de combinarlos para expresar mayor número de significados.

Es evidente que la Sintaxis Griega tiene el mayor tanto por ciento de sus ejemplos en el dialecto jónico-ático, y no sólo porque sea el de documentación más abundante, sino porque esta es la más rica y compleja, en especial para lo referente a la subordinación, cuyo desarrollo es consecuencia directa del desarrollo del pensamiento. Respecto al léxico baste con decir que el volumen de préstamos jónico-áticos a los demás dialectos es infinitamente superior a lo

⁶ Cf. E. Risch, «Das Attische im Rahmen der griechische Dialekte», en *Museum Helveticum* 21, 1964, págs. 1-14.

que estos hayan prestado al jónico-ático, especialmente en ciertas esferas técnicas, y, aun contando con que el azar de la conservación de documentos haya favorecido en demasía a Jonia y Atenas, el volumen del léxico de éstas es infinitamente superior al de cualquier otro dialecto⁷. E incluso en el terreno morfológico, por subjetivas que parezcan las consideraciones al respecto, no puede ser casualidad que haya sido el jónico el dialecto adelantado en el proceso de creación de la flexión nominal bizantina y moderna, que es en sustancia una simplificación de la antigua⁸.

IV

Haremos seguidamente algunas consideraciones sobre cómo ciertos dialectos alcanzan nivel literario, con lo cual acaban siendo superiores de algún modo a los que no llegan a tal nivel. El ejemplo más llamativo, en sí mismo y por el influjo que va a ejercer, de cómo la lengua literaria es otra cosa que la conversacional lo constituye la lengua de la épica oral tradicional: un subsistema —a veces, se diría, sistema autónomo— pantópico y pancrónico, fruto de tradición o tradiciones con raíz micénica y semilla indoeuropea, creado en una técnica oral de composición transmitida por unos aedos a otros; lengua en que lo viejo y lo nuevo, lo de aquí y lo de allá se entremezclan como para echar por tierra todo análisis simplista y excusarnos a nosotros de aducir ejemplos; recordemos que la Filología nace para explicar las oscuridades del texto homérico, no imputables solamente al paso del tiempo, sino también a la artificialidad de sus formas.

Nunca se insistirá suficientemente sobre la importancia de la Épica para toda la creación literaria posterior, aunque sí se puede exagerar por la vía de negar tradiciones autónomas a otros géneros o concebir la labor de un lírico como la hábil encadenación de tópi-

⁷ Cf., por ejemplo, las observaciones sobre los nombres en $-\sigma\iota\varsigma$ y en $-\mu\alpha$, tan abundantes como cultismos en las lenguas actuales, en P. Chantraine, *La formation des noms en grec ancien*, París, 1933, reimp., 1968.

⁸ Cf. H. Seiler, «Zur Systematik und Entwicklungsgeschichte der griechischen Nominaldeklinaton», en *Glotta* 37, 1958, págs. 41-63.

cos homéricos. Repárese además que en Homero «literario» se opone tajantemente a «conversacional», pero no a «oral», y lo mismo ha de entenderse de la Lírica Arcaica.

No podemos detenernos en el examen de las lenguas literarias de la Hélade, ligadas a los géneros en la forma que enunciamos más atrás; podríamos entrar en precisiones y subdivisiones, pero no serían excesivamente útiles a nuestro propósito porque el denominador común que las opone al nivel conversacional es más fuerte que los rasgos específicos que pudieran aproximar a alguna de ellas al citado nivel. Para todo lo que sea forma poética basta ya el aprovechamiento del ritmo para fijar una frontera clara frente a lo conversacional; añádase que ese aprovechamiento no falta en la prosa. Puede haber diferencias grandes en la búsqueda de la connotación o en rehuirla, en el uso de arcaísmos, en la creación de figuras, en el orden de palabras, en la complejidad sintáctico-estilística, etc., pero el denominador común es definitorio: aprovechamiento intensivo de dos posibilidades que están en el sistema y, en principio, sin limitación de nivel, a saber la composición nominal y la subordinación sintáctica⁹. Ellas son las que han dado a la lengua griega su crédito y utilidad en la prosa científica y la lengua culta en general.

En conclusión, alcanzamos una doble verticalización o jerarquización: a) dialecto no literario vs. literario, b) dentro del dialecto literario, el nivel conversacional o normal vs. el literario. Los dialectos no literarios empezarán muy pronto a ser un nivel inferior, y también lo serán las 'hablas locales' frente a las correspondientes formas literarias de base pluridialectal y pluritemporal, o de base unidialectal, pero siendo algo así como un extracto y denominador común de las correspondientes hablas locales, cuyos rasgos más específicos pueden ser evitados intencionadamente. Por ejemplo, el ático de la Tragedia incluye homerismos y dorismos que obviamente no están en el conversacional; la lengua de la Lírica Coral es doria, pero sin localismos, y con homerismos y eolismos: aquí aducimos como cosa más *ben trovata* que *vera* la afirmación por Gregorio de Corinto (s. XIII) de que Píndaro se sirvió de la κοινή γλῶσσα, afir-

⁹ Cf. F. R. Adrados, «Ideas para una tipología del griego», en *Estudios Clásicos* 12, 1968, págs. 225-248.

mación válida en cuanto acierta a ver en la lengua del poeta un dorio general, un dorio que A. Meillet ha llegado incluso a entrecomillar, unido a elementos de procedencia diversa.

El distanciamiento de la lengua literaria respecto de la conversacional nos plantea el problema, o quizá mejor curiosidad, de hasta qué punto el auditorio —¡géneros orales!— o el lector tenía una comprensión plena y directa del texto literario: recordemos que las dificultades gramaticales y léxicas de Homero —unidas a las arqueológicas y culturales en general— necesitaron muy pronto de exégetas; parece que no habría dificultad especial, aun en oyentes poco ilustrados, para la comprensión de la lírica eolia, de la Elegía y del Yambo; para este último es bueno recordar su origen, ambiente y tema populares, con su mejor exponente en Hiponacte, al que debemos una obscenidad ejemplar y el conocimiento de voces no griegas —y no es arriesgado obtener de ahí conclusiones sobre cuál sería el griego normal del Asia Menor en que convivían jonios, eolios, lidios, frigios, carios, licios, ... Es posible, en cambio, que una oda de Píndaro plantease problemas de intelección no menores que los de un poema de Góngora. El abarrote del teatro no es sin más indicio seguro de que la mayoría del público entendiese cabalmente un coro trágico, pero sí las partes no corales. Para la prosa no vemos otra dificultad que la complejidad sintáctica en algunos autores y la significación de las palabras que son ya de léxicos técnicos o especializados.

Inteligible o no con facilidad el texto literario, su distancia del nivel conversacional es siempre notable, aun en géneros como el diálogo platónico, en el que no faltan construcciones o usos sintácticos populares y en el que hay un uso progresivo del léxico de la κοινή¹⁰, además de utilizar una forma de cuyo carácter conversacional no hay más que decir. La lengua de Menandro está próxima a la conversacional urbana del Ática, pero con una estilización —ritmo incluido— que es definitoria¹¹. Para un género tan claramente popular como la fábula, y de antigüedad atestiguada en He-

¹⁰ Cf. A. Díaz Tejera, «Ensayo de un método lingüístico para la cronología de Platón», en *Emerita* 29, 1961, págs. 241-286.

¹¹ Cf. F. H. Sandbach, «Menander's Manipulation of Language for dramatic purposes», en *Ménandre*, tomo XVI de *Entretiens ... Hardt*, ed. O. Reverdin, Vandoeuvres-Ginebra, 1970, págs. 111-155.

síodo y Arquíloco, nos encontramos con que las colecciones conservadas son en buena medida tardías, en parte ejercicios escolares en los que se pretendía aprender y dominar unos modelos literarios, y en bastantes de las fábulas es todavía visible que se trata de prosificaciones o paráfrasis de versiones métricas más antiguas¹², pero al lado de tal intención y forma literaria están presentes buen número de elementos normales o conversacionales, por ejemplo de vocabulario, en general ya de fecha avanzada.

Puede sostenerse que a partir del Helenismo lo literario y lo conversacional carecen de una mínima base compartida que nos permita contraponerlos, y para hacer esta afirmación basta con reparar en la distancia que hay entre la ὀρθογραφία y la realidad del sistema fonológico, en el que han ocurrido o están ocurriendo hechos como la desaparición de los antiguos diptongos, la pérdida de -i en diptongos largos finales de palabra, la pérdida, esporádica pero frecuente, de -i- intervocálica, el itacismo (η = i), la desaparición de las oposiciones de cantidad, la fricativización de las oclusivas sonoras, etc.; o reparar en que se sigan manteniendo en lo literario significantes y significados que la lengua conversacional ha perdido o está abandonando, por ejemplo el número dual, el caso dativo, el modo optativo, ciertas formaciones de aoristo, alternancias vocálicas en el nombre y el verbo, etc. y, por supuesto, infinidad de elementos léxicos. La distancia es total en casos como el de los poetas alejandrinos que gustan de recrear los viejos dialectos, o el de los purismos y penderterías utópicos de asianistas y aticistas, y Nonno, que escribe en el s. V. d. C., utiliza una lengua cuya realidad tendría su paralelo en que remedásemos el latín de Cicerón para escribir estas páginas.

En la literatura cristiana hay más posibilidades de acercarse a la lengua conversacional popular porque la intención catequética imponía la llaneza y no meterse en dibujos; el popularismo es más fuerte en la literatura apócrifa, cuya calidad artística no es superior a las maravillas e ingenuidades que narra, y en general es un popularismo visible en la Morfología, la Sintaxis y el Léxico, pero no en la Ortografía, para la que siguen vigentes los cánones literarios antiguos.

¹² Cf. F. R. Adrados, «La tradición fabulística griega y sus modelos métricos», en *Emerita* 37, 1969, págs. 235-315 y 38, 1970, págs. 1-52.

V

Es bien sabido que la lengua griega antigua tiene su documentación de primera mano en las inscripciones, ostraca y papiros, que están libres de todas cuantas alteraciones pueda haber introducido en la forma originaria la transmisión manuscrita medieval, pero no libres de sospecha en cuanto a que realmente reflejen la verdad de la lengua oral y normal; para los papiros literarios hay problemas similares a los que plantean los manuscritos medievales; para los papiros no literarios y para las inscripciones hay un cúmulo de problemas de interpretación de los que intentaremos dar información suficiente.

Según ya dijimos, todos los dialectos griegos tienen su principal documentación, y muchos de ellos la única, en las inscripciones: con razón llama L. Robert a la griega «civilisation de l'épigraphie»¹³. Desde las tablillas de Cnoso a la época bizantina tenemos cientos de miles de inscripciones griegas desde el Occidente europeo hasta el Afganistán.

En el segundo milenio tenemos las tablillas de Cnoso, Pilo y Micenas, tan llenas de problemas en el material que ofrecen, como vacías de él para parcelas importantes de la Gramática y del Léxico. Son inventarios, cuentas de la administración de los palacios; no hay textos de contenido literario o discursivo en general. La uniformidad de la lengua contrasta con las distancias cronológicas —en Cnoso hacia 1400, unos doscientos años después en Pilo y Micenas— y con las espaciales entre dichos tres centros; este hecho, unido a la aludida presencia de dobles a los que se atribuye distinta filiación dialectal y a ciertas variaciones de que ahora hablaremos, ha dado base a la opinión de que la lengua de las tablillas sea una lengua común, concretamente una lengua burocrática supradialectal.

De las variaciones ha hecho una interpretación brillante E. Risch¹⁴. Esas variaciones, que E. L. Bennett había demostrado que

¹³ Cf. «Epigraphie», en *L'Histoire et ses méthodes*, dentro de *Encyclopédie de la Pléiade*, París, 1961, págs. 453-497.

¹⁴ «Les différences dialectales dans le mycénien», en *Proceedings of the*

están ligadas a determinados escribas, son: dat. sg. *-e* (= *-ει*) frente a *-i* (= *-ι*), timbre *o* frente a *a* en el resultado de nasal sonante y timbre *e* frente a *i* ante consonante labial. E. Risch llama «micénico normal» al que aparece en mayor número de tablillas y que se caracteriza por tener el dat. sg. *-e*, el timbre *o* < *η, ηη*, y el timbre *i* (no *e*) ante labial, y «micénico especial» al que presenta las otras soluciones; como los rasgos del «normal» no se continúan en dialectos posteriores, Risch aventura que era la lengua de la corte o de la aristocracia y el «especial» la de las capas inferiores de población y que se continúa, más o menos directamente, en el griego no occidental. La tesis es altamente sugestiva porque se completa con la posibilidad de admitir que ἀρμόζω (derivado de *ἄρμω, mic. *a-mo* y *a-ma*, resto del griego sólo ἄρμω) e ἵππος (que debiera ser *ἕπος) sean micenismos del griego posterior: vista la importancia que en la cultura micénica tienen el carro de dos ruedas y el caballo, la hipótesis es francamente positiva, pero ella y la de la contraposición de micénico «normal» y «especial» tienen más atractivo que fuerza de convicción. En cualquier caso son un dato de interés para el sociolingüista. Quizá el punto más flaco sea la pretensión de que el micénico «normal» desaparece con sus hablantes, la *Herrenschicht*: evidentemente sus rasgos característicos —y otros, como la disimilación de labiovelares señalada por M. Lejeune¹⁵— no vuelven a manifestarse en el griego posterior, pero asociar su desaparición con la de la civilización de los palacios micénicos es muy cuestionable; aunque no se exprese E. Risch en tal sentido, hemos de advertir que los datos arqueológicos parecen rechazar la hipótesis de que tal civilización fuese de una minoría o *Herrenschicht* que entra en la Hélade hacia principios del s. XVI y domina a poblaciones griegas ya establecidas desde tres o más siglos antes, ejerciendo tal dominio desde los palacios que luego serán destruidos por el fuego; y tampoco está hoy muy claro cómo y por qué el colapso de la civilización micénica, en concreto el capítulo de la migración o invasión doria, su relación con el 'retorno de los Heraclidas' y su papel de agente del antedicho colapso; es decir, no hay datos

Cambridge Colloquium on Mycenaean Studies, edd. L. R. Palmer y J. Chadwick, Cambridge, 1966, págs. 150-157.

¹⁵ *Mémoires de Philologie Mycénienne*, 1.^a S., París, 1958, págs. 285-317 y en especial pág. 302.

suficientes para hablar de una minoría dominadora que desaparezca, y con ella su lengua, sin dejar rastro¹⁶. Otra cosa es la observación de que hay en las tablillas micénicas ciertos hechos que se pierden en los dialectos postmicénicos, observación que tiene un valor muy concreto a la hora de enjuiciar si alguno de éstos es continuador, y en qué medida, del micénico, y un valor general de prevención contra la elevación a tesis definitiva de la suposición de que no se ha perdido ninguna variante dialectal griega desde los orígenes indoeuropeos hasta la documentación histórica, suposición que puede entorpecer el estudio de la articulación del dominio lingüístico griego: también aquí puede haber «eslabones perdidos».

VI

Desde c. 750 a. C. tenemos superabundancia de inscripciones alfabéticas (y en silabario chipriota), especialmente de la época helénica; desde un simple nombre propio a, por ejemplo, los dieciséis metros cuadrados escritos con letras de 0'025 m. de altura en Gortina¹⁷. Sería interminable la enumeración de los distintos tipos de inscripciones y los problemas específicos que plantean, por lo que nos remitimos a los manuales de Epigrafía y señalamos que es todavía útil la lectura de los parágrafos 12-52 de A. Thumb-E. Kieckers, *Handbuch der griechischen Dialekte*, I, 2.^a ed., Heidelberg, 1932.

Pese a esa superabundancia de inscripciones, no es mucho lo que podemos deducir de la estratificación o niveles del griego antiguo, y en concreto ni el contenido ni la forma de los textos epigráficos permiten acceder al conocimiento suficiente del habla normal o coloquial, y menos todavía de sus niveles más bajos, de jergas y similares.

¹⁶ Cf., por ejemplo, F. Schachermeyr, «Prähistorische Kulturen Griechenlands», en Pauly-Wissowa *RE*, XXII, 2, cols. 1340-1548, y en concreto cols. 1490-4; sobre cómo la invasión doria no destruye la civilización micénica, sino que aprovecha su decadencia ya irreversible, cf. H. Bengtson, *Griechische Geschichte*, 4.^a ed., Munich, 1969; con planteamientos que no compartimos, cf. J. Chadwick, «Who were the Dorians?», *PP* 1976, págs. 103-107.

¹⁷ Vid. *Inscriptiones Creticae* IV, 72, ed. M. Guarducci, Roma, 1950.

Vamos a empezar por descartar los muy numerosos textos métricos en razón de su forma. Para los de fecha antigua cabe la posibilidad de rescatar en ellos ciertos rasgos de las hablas locales y coloquiales inmersos en una forma poética con fuertes aportes pancrónicos y pantópicos; a medida que el tiempo avanza el panorama se hace desolador: apenas es identificable lo local —aunque sí la evolución de la lengua, principalmente a través de faltas de ortografía—, aparecen las falsificaciones arcaizantes, lo literario suele ser una chapuza de remendones más o menos hábiles y eruditos en el material poético tradicional: por ejemplo, la redacción de los epigramas funerarios no es menos formularia que la de nuestras esquelas.

En cuanto a los textos no métricos basta un breve repaso a los *corpora* principales para darse cuenta de que ni la forma ni el contenido encajan en el nivel conversacional: *leges sacrae, foedera, honores, impensae, decreta*, etc. Sin entrar en problemas de ortografía, vemos que el grueso de las inscripciones se mueven en un nivel de lengua que se caracteriza por su conservadurismo, por su apego a sintagmas y fórmulas fijas, vehículo de arcaísmos, y con un léxico en gran parte técnico o especializado. Ciertamente que puede haber faltas o variaciones que reflejen la realidad subyacente, pero se compensan con la aparición de imitaciones y falsificaciones que introducen arcaísmos aún mayores que los formularios o pseudodialectalismos. Añádase que para algún tipo de inscripciones —los *honores*, por ejemplo— nos es igual disponer de un ejemplar que de veinte: lo único que cambia es el nombre del beneficiario y de los magistrados otorgantes.

Hay otro tipo de inscripciones que quizá estén más próximas a la lengua oral coloquial, pero tampoco se puede decir que sean lengua oral puesta por escrito; nos referimos a *tituli* o *stelae sepulcrales* (no métricas), *dedicationes, exsecrationes, sanationes*, etc., es decir, textos privados, si vale la calificación; los *tituli* y *stelae* son, en su mayoría, prácticamente inservibles por su escuetísimo contenido; para las *dedicationes* y *sanationes* hay que observar 1) cuál es la situación de la escritura, quién sabe escribir, ... y no es difícil concluir que la redacción e inscripción del texto es cuestión de profesionales en cuyo oficio hay unas técnicas tradicionales que alejan lo escrito de lo oral, 2) incluso en estos textos domina la redacción formularia, con todo lo que implica en el orden ortográfico.

El quid de la oposición entre la lengua de las inscripciones y la conversacional no está, sobre todo para fecha antigua, en que usen significantes y significados diferentes —cosa que puede ocurrir, pero en medida escasa, en cuanto hay arcaísmos o influjos literarios extradialectales—, sino en la combinación de los signos, es decir, en la Sintaxis (y el Estilo) que ha de subvenir a necesidades expresivas ausentes en la lengua coloquial; además hay que tener en cuenta que los significados pueden aparecer con especializaciones o restricciones propias de las lenguas técnicas o puede tratarse de signos que aparecen exclusiva o mayoritariamente en estas.

Una muestra significativa de cómo hasta la más burocrática y formularia redacción puede tener voluntad de estilo sería que los *honores* de Delfos repiten una y otra vez la aliteración $\pi\omicron\tau\acute{\iota}\ \tau\epsilon\ \tau\acute{\omicron}\nu\ \pi\acute{\omicron}\lambda\iota\nu$, que se continúa con un $\pi\omicron\lambda\ \tau\acute{\omicron}\nu\ \theta\epsilon\acute{\omicron}\nu$, es decir, aparece la forma disimilada donde no corresponde y $\pi\omicron\tau\acute{\iota}$, la no disimilada, contribuye con su dental al repiqueteo general¹⁸.

Parece que hay unanimidad en que el griego vulgar antiguo solamente puede entreverse a través de las *defixiones*, en su mayoría del s. III a. C., algunas *lamellae* de contenido religioso y las inscripciones sobre cerámica que estudió P. Kretschmer en obra merecedora de reimpresión¹⁹. Cifándonos a estas últimas, señalaremos que la cortísima extensión de todas ellas las hace inútiles para estudios léxicos y sintácticos y su valor se reduce a los terrenos ortográfico, fonológico y morfológico. De su examen deducimos que estamos en un nivel no sujeto a norma ortográfica o de otra índole, por lo que menudean las «faltas» que confirman en qué medida las tendencias económicas rigen la realidad de la lengua oral: epéntesis, anaptixis, metátesis, asimilación, disimilación, ... y hechos morfológicos en los que se reflejan los fonéticos que acabamos de citar y otros propios del campo gramatical. En cualquier caso estas inscripciones nos confirman que hay un nivel popular que no aflora en la producción literaria, pero no dan prácticamente ninguna información sobre ese nivel en lo que se refiere a la interrelación lengua / pensamiento / cultura.

¹⁸ Vid las págs. 194-200 de mi *Gramática de las inscripciones delficas*, Santiago, 1973.

¹⁹ *Die griechischen Vaseninschriften ihrer Sprache nach untersucht*, Gütersloh, 1894 y Hildesheim, 1969.

Otro tanto hemos de decir del estudio de los problemas ortográficos: las «faltas» son siempre un indicio precioso de que la norma no coincide con la realidad, pero indicio más útil al gramático que al sociolingüista. Para el griego antiguo constatamos ya en fecha muy temprana la existencia de una ὀρθογραφία que se distancia progresivamente de la realidad oral; puede suponerse que tal ὀρθογραφία impone una ὀρθοφωνία que abre en la lengua oral la oposición entre pronunciación 'cultas' y 'vulgares', y al peso de la lengua escrita hay que achacar el que ciertos hechos fonéticos y morfológicos no hayan llegado a imponerse. Es conveniente recordar que la ortografía del griego moderno todavía mantiene cosas como el signo de aspiración vocálica o los diptongos y oposiciones de cantidad del griego antiguo. Para la aparición temprana de la divergencia entre lengua literaria y normal como resultado de la norma ortográfica y ortofónica literaria puede consultarse un trabajo de T. B. L. Webster²⁰, quien observa que las inscripciones métricas arcaicas pueden seguir una norma ortográfica y ortofónica que se mantiene adherida a modelos más antiguos y es absolutamente necesaria para la escansión correcta del verso.

En las inscripciones de fecha baja, cuando la evolución de la lengua oral coloquial abre un abismo entre ella y la literatura apegada a modelos antiguos, se acumulan las 'faltas', que los gramáticos se apresuran a aprovechar como testimonios ciertos del cambio lingüístico, pero tampoco aquí encuentra el sociolingüista otro dato que el muy general de certificar que hay una lengua oral que apenas aflora a los documentos de nivel literario o paraliterario. Es curioso constatar cómo esas faltas suelen menudear en inscripciones que podemos llamar privadas y cómo hay una cierta proporción entre la corrección ortográfica y gramatical, de un lado, y la caligrafía, material sobre el que se escribe, etc.: el epitafio más retornado y apelmazado de homerismos puede haber sido copiado por un lapicida francamente «inculto» y el resultado final no deja de ser chocante.

El problema no es solamente de ortografía, sino también de Dialectología, cuando estudiamos la implantación progresiva del

²⁰ «Notes on the writing of early Greek poetry», en *Glotta* 38, 1960, páginas 251-263.

alfabeto jónico a costa de los epicóricos o locales: aquel dispone de los signos correspondientes a su inventario fonológico, diferente del de otros dialectos en puntos concretos como el de la aspiración (H es en jónico $\bar{\epsilon}$, pero signo de aspiración en otros dialectos y alfabetos) o el de la F . Por ejemplo, en Delfos las inscripciones con alfabeto epicórico y de c. 400 a. C. notan la F inicial antevocálica y la aspiración vocálica; una y otra desaparecen por completo en inscripciones con alfabeto jónico y de muy pocos años después: sería errado creer que la eliminación de la F ha sido real y total en tan breve plazo de tiempo, y habrá que pensar en una norma ortográfica que no recoge la existencia de la F , que, eso sí, empezaba a desaparecer por esas fechas, acelerándose el proceso con el avance de la κοινή γλώσσα; para la aspiración basta con grafías como ποθ' ἄμέ para saber que la de ὑπό no es más que consecuencia de no disponer el alfabeto jónico de signo para h . En este terreno puede ejemplificarse bien la complejidad de las cuestiones que estamos tratando: la psilosis o pérdida de la aspiración es proceso común, con dialectos que madrugan y otros que se rezagan en su realización, la lengua de época helenística conoce incluso novedades en la aspiración (por ej. μηθείς, οὐθείς frente a μηδείς, οὐδείς antiguos) pero acaba perdiéndola por completo ... y la norma ortográfica conserva su notación incluso en el griego actual.

VII

La fase final de la historia del griego antiguo es de convergencia: los dialectos desaparecen o se funden en la κοινή γλώσσα de base mayoritariamente jónico-ática. Antes de entrar en el examen de este punto señalaremos que se unen a nuestra documentación epigráfica los papiros no literarios, en cuyo estudio lingüístico se puede hacer mucho todavía. En líneas generales toda la lengua griega helenística y de época imperial está muy necesitada de atención y es de esperar que libros como el de J. Frösén²¹, puedan ser útiles e inci-

²¹ *Prolegomena to a Study of the Greek Language in the First Centuries A. D.*, Helsinki, 1974.

tantes: éste de Frösén es un verdadero arsenal de sugerencias, bibliografía, métodos y terrenos de trabajo, etc. Buena prueba de la necesidad de volver al estudio intensivo del griego postclásico es que hayan tenido que reimprimirse obras como las de A. Thumb²², A. N. Jannaris²³ y K. Dieterich²⁴, que son las que han prestado atención al griego postclásico mientras los manuales de Dialectología se han desentendido de lo tardío, salvo que fuera variante continuadora de la fragmentación dialectal antigua, y los de Gramática atendieron fundamentalmente al uso literario y/o clásico.

En lo que respecta a papiros, la obra de E. Mayser²⁵ está en gran medida superada por el material documental nuevo, aunque haya tenido reelaboraciones parciales; la de L. R. Palmer²⁶, no ha pasado de la parte primera del primer volumen (*The Suffixes*) y hay que esperar que tenga calidad y buen ritmo de publicación la anunciada de Gignac. Es imposible hacer aquí una presentación, siquiera mínima de las colecciones de papiros no literarios y de los correspondientes estudios lexicográficos, por lo que nos remitimos a E. Turner²⁷.

La κοινή representa la eliminación de los dialectos, aunque subsistan algunos de ellos incluso hasta hoy, como es el caso del tsaconio en el Peloponeso, y, por supuesto, dentro de la relativa uniformidad de la κοινή surjan nuevas diferencias dialectales²⁸.

El proceso de convergencia de los antiguos dialectos en una lengua común puede descomponerse en:

²² *Die griechische Sprache im Zeitalter des Hellenismus*, Estrasburgo, 1901.

²³ *An Historical Greek Grammar*, Londres, 1897.

²⁴ *Untersuchungen zur Geschichte der griechischen Sprache*, Leipzig, 1898.

²⁵ *Grammatik der griechischen Papyri aus der Ptolemäerzeit*, Berlín y Leipzig, 1906-1934.

²⁶ *A Grammar of Post-Ptolemaic Papyri*, Londres, 1946.

²⁷ *Greek Papyri. An Introduction*, Oxford, 1968, págs. 154 sigs., cf. tb. *Emerita* 39, 1971, págs. 1-32.

²⁸ Sobre supervivencia de formas anteriores a la κοινή en áreas marginales vid. el reciente trabajo de G. Rohlfs, «From Cyprus to Calabria: The Conservation of the Marginal Greek Dialects», en *Issues in Linguistics. Papers in honor of H. and R. Kahane*, edd. B. B. Kachru, R. B. Lees, Y. Malkiel, A. Pie-trangeli y S. Saporta, Univ. of Illinois, 1973, págs. 780-789.

1) consumación de una serie de tendencias que están actuantes en todos o casi todos ellos, aunque con fechas y ritmos muy distintos. Por ejemplo, la eliminación de la aspiración, la eliminación de F , la relajación de las oclusivas sonoras, la fricativización de las oclusivas aspiradas, la eliminación de las alternancias vocálicas, la extensión o restricción de ciertas desinencias nominales y verbales, la generalización de ciertas conjunciones en determinados tipos de oraciones subordinadas, etc. Es decir, hay aquí un griego común o supradialectal, actuante desde fecha temprana y con evoluciones que ejemplifican bien qué quiere decir autonomía del sistema lingüístico en lo funcional;

2) pérdida de todo cuanto resulte minoritario o local, por importante que sea la región y el dialecto que lo contengan; así, por ejemplo, la solución $-\tau\tau-$ ($\gamma\lambda\omega\tau\tau\alpha$, $\pi\rho\acute{\alpha}\tau\tau\omega$), aun siendo la de Atenas y toda su literatura, cederá paso a $-\sigma\sigma-$, que es la solución común. En este terreno hay que considerar que buena parte de las hablas locales han desaparecido por completo;

3) evoluciones que tienen raíz en parte antigua y dialectal, pero que son propiamente de la época helenística y siguientes, por ejemplo, la creación de un sistema nuevo en la flexión nominal, la creación de la conjugación que elimina las formaciones asistemáticas o irregulares, la desaparición del caso dativo y del modo optativo; en lo fonológico es fundamental la pérdida de las oposiciones de cantidad, la evolución de los diptongos y ciertos cambios de timbre.

Desde luego interesará al sociolingüista saber que el proceso de creación e imposición de la lengua común a base de y a costa de los dialectos es cualquier cosa menos rectilíneo, rápido y claro. En primer lugar, téngase en cuenta que muchos de los hechos enunciados en los tres apartados anteriores no se nos manifiestan más que en «faltas» ocasionales y/o en textos de nivel literario bajo; la lengua literaria y la lengua burocrática siguen apegadas a los viejos moldes, incluso con ideales inútiles como el aticismo y el asianismo, la recreación de los dialectos perdidos, etc.

En segundo lugar es obvio que la propagación de la lengua común ha tenido ritmos y condicionamientos muy distintos según el desarrollo cultural y económico, según la posición geográfica, etc., de los hablantes y ámbitos recipiendarios. Y aquí hay que considerar no sólo el caso de las áreas marginales que son resistentes por sus

condicionamientos negativos, sino también y principalmente la resistencia ofrecida de forma consciente por áreas y por hablantes plenamente insertos en el tráfico cultural en general.

En efecto, durante los siglos IV a II a. C. se producen reacciones contra la penetración de la κοινή jónico-ática y en favor de la subsistencia de los dialectos, que, a su vez, se presentan en la forma de lenguas comunes, es decir, hay en ellas también la pretensión de crear una lengua con cierta uniformidad y estabilidad que rechaza los influjos extradialectales y al mismo tiempo desecha las formas excesivamente locales y/o que no tienen un respaldo literario o un uso extendido en la realidad oral. Estas lenguas comunes no jónico-áticas son también un ejemplo claro de la artificialidad y el conservadurismo del *Amtsstil* puesto al servicio de la afirmación de la personalidad en el terreno extralingüístico: la resistencia a la κοινή puede echar mano de dialectalismos que son ya arcaísmos, o de hiperdialectalismos, y unos y otros mantienen una apariencia de realidad por su constante repetición en redacciones formularias; por lo que decimos es claro que el grueso de los textos por los que conocemos esas lenguas comunes opuestas a la κοινή son *leges, decreta, foedera, honores, ...* de una ciudad, región, anficiónía, liga, etc. Son de especial significación la κοινή del Noroeste, de la Liga Etolia (siglos III y II a. C.) y la κοινή dórica, con manifestaciones importantes (también en siglos III y II a. C.) en Rodas, Corcira, Creta, Laconia, etc.

Estas lenguas comunes, en las que el arcaísmo intencionado convive con la innovación inevitable, se definen mejor negativa que positivamente: sencillamente, son un aprovechamiento de lo que queda de dialectos no jónico-áticos en la búsqueda de diferenciarse de estos últimos, pero los resultados obtenidos suelen ser de notoria inconsecuencia; por ejemplo, se mantiene la partícula modal κα del griego occidental, pero se admite la conjunción condicional ει del jónico-ático; los dativos tipo πάντοις y πάντεσσι no consiguen desplazar al común πασι(ν); se insiste en mantener ποτί, pero πρός aflora regularmente; en los numerales se lucha por mantener el dual, pero τρις es un fósil esporádico frente a τρεῖς, -κάτιοι en las centenas sufre fuerte competencia del jon.-at. -κόσιοι, etc.; en algunos textos, y cada vez más con el transcurso del tiempo, no hay más que un colorido dialectal, que se concreta principalmente en

mantener $\bar{\alpha}$ frente a η jon.-at., con la inevitable secuela de hiperdialectalismos, por ej. $\xi\phi\bar{\alpha}\beta\omicron\varsigma$, que tiene $-\eta$ - etimológica²⁹.

Dijimos ya que el proceso de formación y extensión de la lengua común tuvo ritmo y alcance muy distintos según lugares y momentos; añadimos ahora que no supone la desaparición total de lo no jónico-ático, sino que recoge —y mantiene más o menos tiempo— hechos dorios, occidentales en general, e incluso algún eolismo; por otra parte, hay rasgos del jónico y del ático que no son recibidos en la lengua común, sin duda por locales o minoritarios, por ejemplo $-\tau\tau-$ del ático, ciertas formas léxicas con η jónica aparecen en la κοινή con $\bar{\alpha}$ del resto del griego, ático incluido; el gen. sg. tipo Νικία (de nom. Νικίας) es dórico, noroccidental y eolio, y compite con el ático Νικίου, mientras $-\epsilon\omega$ del jónico queda eliminado. Por supuesto que en el griego literario pueden ser mantenidos esos y otros rasgos que la lengua normal y mayoritaria no recibe.

Hay que considerar además que la creación de la κοινή coincide con la expansión de la cultura griega hacia Oriente; sabemos que las lenguas no griegas se mantuvieron y acabaron por desplazarla una vez que el panorama político cambió; sabemos que la lengua común en su nivel literario o paraliterario nunca pasó de ser lengua de la burocracia y de minorías cultas; sabemos también que la convivencia de griego y no griego produjo buena cantidad de préstamos e influjos recíprocos y hay que considerar que el griego fue *lingua franca* en Asia Menor, Siria, Egipto, ... Por desgracia, de lo último no tenemos documentación suficiente, en tanto que abunda para la κοινή literaria y la no literaria.

VIII

Tal y como adelantamos en el apartado III, la desaparición de los dialectos antiguos y la creación de la lengua común de base

²⁹ La *Historia de la lengua griega*, de O. Hoffmann, A. Debrunner y A. Scherer, trad. española de A. Moralejo, Madrid, 1973, tiene enorme cantidad de datos e indicaciones bibliográficas sobre todas estas cuestiones; cf. especialmente págs. 218 y sigs.

jónico-ática supone la verticalización de la primitiva división horizontal.

Es bueno recordar aquí que los griegos tuvieron una noción muy clara y muy correcta de lo que es un dialecto: variedad espacial, sin más, sin juicios de valor ni interferencia de criterios extralingüísticos. Pero lo ocurrido con los dialectos griegos es un primer ejemplo para nosotros de cómo y por qué se originan y pretenden justificarse otras concepciones de lo dialectal desde valoraciones y prejuicios extralingüísticos; por ejemplo:

lengua = literatura	/ dialecto = nulo o débil cultivo literario.
lengua = nivel superior	/ dialecto = niveles inferiores.
lengua = oficialidad	/ dialecto = no oficialidad.

Desde la Épica oral, creadora de una lengua muy alejada de la coloquial, la historia del griego antiguo conoce una división profunda entre los niveles literario y no literario, uniéndose al primero la lengua de textos religiosos, jurídicos, burocráticos en general, ... Dado que los dialectos, en principio situados en un plano de igualdad en lo que se refiere a su capacidad como vehículos de expresión de formas culturales, llegan a tener cultivo literario o no, se alcanza una situación en la que necesariamente el dialecto literario está en un nivel superior al que no lo es; este ha de resultar por fuerza cada vez menos capaz, cada vez más valorado negativamente hasta ser sentido como habla rústica, como *patois*, ... y perderá terreno progresivamente. En Aristófanes, *Acharnenses* 729 y ss. el porquero megarense es el patán que hace reír con su dialecto a los atenienses, cultos y urbanos por excelencia. Siglos más tarde Elio Arístides censurará a quienes se avergüenzan de hablar «a la antigua» ante terceros.

Que todo el proceso lingüístico es efecto de factores extralingüísticos es evidente, por muy aparente que pueda resultar el argumento de que tal o cual lengua desplaza a otras por ser más rica o por ser primitivas esas otras. Lo que ocurre es que lo que empieza siendo efecto remata en ser también causa: una vez que hay una producción cultural en un dialecto y falta en los demás se acelera la necesidad y el ritmo de imposición de aquel sobre estos. Pero la lengua jónico-ática no es base de la común helenística porque sea la lengua de Platón, Esquilo, Hipócrates, sino porque es la lengua

de los griegos que, por las causas que sean, llegaron a ser los más y los más fuertes, es decir, pudieron imponer a los demás su cultura, de la que Platón, Esquilo, Hipócrates, ... son un elemento más, cuya importancia no discutiremos, desde luego, en lo que se refiere a ser perfeccionadores e incluso creadores de la lengua que hablaban. Es verdad común que el punto de partida decisivo de la creación e imposición de la lengua común está en la Liga Marítima dirigida por Atenas, imperialismo en definitiva. Para la expansión de la lengua griega hacia el Oriente no hay más que decir, y será siempre secundario el recurso a la importancia y el prestigio de los contenidos culturales expresados en lengua griega.

Aunque no podamos entrar en detalles concretos, será bueno completar el cuadro con lo dicho más atrás sobre el estancamiento de las estirpes (y dialectos) eolias, sobre la involución o escasa evolución del mundo dorio, sobre la situación marginal y nula potencialidad socio-económica de regiones como Arcadia o Chipre, sobre la aparición de lenguas comunes no jónico-áticas únicamente en regiones con cierto nivel económico y cultural o que, pese al atraso en tales aspectos, tienen población numerosa y conocen cierto desarrollo en medio de la debilidad general. En fin, la brevísima e improporcionable hegemonía de Tebas bajo Epaminondas y Esparta con su práctica de la ξενηλασία o expulsión de extranjeros son el reverso de las largas hegemonías de Atenas, con población de metecos superior a la de ciudadanos, y de las ciudades jonias de Asia Menor, siempre abiertas al contacto y a la mezcla de hombres y culturas.

IX

Como conclusiones de más interés queremos señalar que:

1) los griegos, extraordinariamente receptivos de palabras de origen no griego —léxico 'cultural' de sustrato, semitismos, luego latinismos, etc.— y también de hechos culturales, no sintieron la menor curiosidad por las lenguas de los βάρβαροι con los que convivieron; fueron curiosos e indagadores en todo, pero de una ἀπάθεια y ἀθαμβία sin límites en lo que respecta a la comparación

de su lengua con otras. Tenemos, pues, algunas noticias sobre las lenguas no griegas, tenemos documentación de algunas de ellas, pero no tenemos información suficiente para los problemas de bilingüismo, glotofagia, etc.;

2) la abrumadora mayoría de la documentación del griego prehistórico, arcaico y clásico es de nivel literario o paraliterario, con un influjo fuerte de la norma tradicional, con un gran conservadurismo que ha dejado huella hasta hoy, sobre todo en el terreno ortográfico.

En el griego postclásico hay más documentación para el estudio del griego oral conversacional, pero se reduce principalmente a lo fonológico y morfológico, es decir, nos es poco conocido ese griego en su aspecto articulado —Léxico y Sintaxis— y como exponente de unas formas mentales y culturales.

La falta de documentación es mayor para lo que se refiere a jergas, argots, ... y al papel del griego como *lingua franca* y la posible o segura existencia de lenguas mixtas en las que él fuera base o ingrediente principal. Hay en cambio documentación suficiente de cómo el griego adquirió y prestó palabras de y a las lenguas con las que convivió, especialmente para épocas prehistórica y helénica;

3) el peso de la tradición literaria alcanza incluso a la producción escrita de raíz o destino más popular; en tal sentido, no hay ningún género literario cuya lengua sea realmente la popular.

En los textos epigráficos de contenido religioso, jurídico y administrativo, y también en los privados, el conservadurismo y el carácter formulario llegan incluso al arcaísmo flagrante y a la falsificación;

4) el proceso de desaparición de los dialectos es comprensible como una verticalización: la lengua común tiene como base los dialectos cuyos hablantes son cabeza de Grecia en el orden sociopolítico y, desde éste, en el cultural. La lengua común se impone antes y mejor en las áreas centrales, encuentra fuerte resistencia en las marginales y la creación de otras lenguas comunes que intentan hacerle frente ha de entenderse como una reacción artificial en lo lingüístico, pero símbolo de afirmaciones esenciales en lo extralingüístico, afirmaciones condenadas al fracaso por multitud de factores, ninguno de ellos estrictamente lingüístico;

5) las limitaciones en los datos que nos permitirían estudiar sociolingüísticamente el griego antiguo son resultado de una selección intencionada del material por los gramáticos y lexicógrafos y por los agentes de la transmisión del legado cultural griego. Tenemos que conformarnos con datos aislados que documentan un hecho, pero no su desarrollo, o que permiten entrever problemas de los que ya no tenemos más que la solución: imposición de la lengua griega en sus niveles literario o paraliterario.

Salta a la vista que la cuestión de la διγλωσσία —δημοτική vs. καθαρεύουσα— que se debate en el griego de hoy arranca ya de los primeros textos del antiguo.

JUAN JOSÉ MORALEJO ALVAREZ

Universidad de Santiago

